



UN EPISODIO DE LA HISTORIA DE PAMPLONA.



Corría el año de gracia de 1213 y hallábase en su palacio de Tudela el Rey D. Sancho el Fuerte.

Habiale llevado allí, no tanto la predilección que siempre sintiera hácia aquella morada, como el deseo de descansar, fuera de Pamplona, de las épicas fatigas del año anterior, fecha memorable en los fastos de las armas cristianas, en que el heróico monarca nabarro habia roto con su gente el palenque de *Mahomed el Verde* en las Navas de Tolosa, arrancando aquellas cadenas que simbolizaban las de los pueblos esclavizados y' barridos por el torrente sarracénico.

Todavía resonaban los rumores de aquella suprema y desesperada lucha entre la civilizacion y la barbarie, entre Cristo y Mahoma; aún se escuchaban los clamores de admiracion y gratitud de toda Europa, cuya libertad se habia decidido en los abrasados campos de Muradal; los menestrales y *cantores de gesta* repetian de castillo en castillo las homéricas hazañas del caballeresco monarca nabarro, y ya éste, amargado quizá con negras ingratitudes; perseguido por recuerdos dolorosos; doliente de cuerpo y de espíritu; entristecido al pensar que ni de su corona ni su gloria dejaba heredero directo, ocultaba en el sombrío alcázar tudelano los primeros accesos de aquella negra melancolía que, algunos años más tarde, habia de llevarle á morir allí mismo en completo apartamiento, haciendo que la historia agregara á su dictado de *Fuerte el de Retraído*

Recostado D. Sancho contra el alféizar de las góticas ventanas, paseaba su mirada indiferente y vaga sobre aquellos floridos vergeles; contemplaba distraído las naves que, surcando las aguas bulliciosas del Ebro, llegaban aun entonces hasta Tudela desde el Mediterráneo; miraba el enjambre de obreros que trabajaban en la desviacion del caudaloso rio y construian la grandiosa catedral y el prolongado puente, obras gigantescas y muestras gallardas de la piedad y largueza del monarca, y aspiraba los aromas que las brisas arrebatában á aquellas florestas deliciosas....

Pero todo era en vano: las nieblas de su alma velaban pronto aquel cuadro risueño y apacible, y retirándose D. Sancho al interior de las sombrías salas dejábase caer sobre un sitial de oscuro roble, y fijando sus taciturnos ojos en los trofeos gloriosos de las Navas que pendian de las paredes y se destacaban sobre ricos tapices, permanecia largas horas en triste silencio que no osaban turbar los magnates que constituian su belicosa corte.

A sus habituales cavilaciones habíase agregado, por entonces, un nuevo motivo de disgusto; la recrudescencia de las discordias entre los barrios de Pamplona. Cuanto habian mandado ó aconsejado los Reyes sus predecesores para pacificarlos habia sido inútil; el fuego se mantenía vivo en las entrañas de aquella sociedad abigarrada y el menor incidente provocaba una nueva explosion; los odios, sostenidos por intereses encontrados, se trasmitian de generacion en generacion, y los belicosos burgueses de San Cernin y la Nabarrería constituían verdaderos ejércitos, en los que ni faltaban pertrechos y máquinas de guerra, ni populares caudillos procedentes de la primera nobleza navarra. La ineficacia de los procedimientos diplomáticos era patente; el empleo de la fuerza, en la situacion en que se encontraban los ánimos hubiera costado dolorosas pérdidas, sin gloria alguna, y, además, repugnaba al vencedor de la morisma esgrimir las armas contra súbditos suyos, muchos de los cuales habian vertido á su lado su sangre generosa en aquella epopeya de las Navas donde tanto se distinguieron los burgueses de San Cernin y otros barrios de Pamplona.

Era, pues, necesario valerse de la persuasion; pero ¿dónde encontrar un hombre capaz de aplacar é imponerse á aquellas turbas, cuando ni el prestigio y autoridad Real, ni las amonestaciones paternales del venerable Asparago, obispo Iruñense, habian dado resultado alguno?

Tal era el estado de las cosas en Pamplona, cuando llegaron á Tudela dos pobres mendigos extranjeros, con objeto de obtener de D. Sancho autorizacion para establecer en Navarra conventos de una Orden que su superior, en cuyo nombre gestionaban, habia fundado poco hacia. Acogió el Rey su súplica benigno, y despues de haber hecho examinar por sábios Prelados las reglas de la nueva Orden, otorgó el permiso solicitado, y manifestó deseos de oír á aquellos religiosos, cuya fama de virtud volaba ya por todo el Reino.

Acudieron éstos al alcázar, y penetraron en la vasta estancia donde D. Sancho les esperaba, rodeado de algunos monjes, caballeros y hombres de armas de su corte; ocultaban la desnudez del muro sendos tapices historiados; sobre ellos descansaban primorosos trípticos de esmaltes bizantinos y relucientes armas; de la elevada bóveda colgaban estandartes agarenos, cadenas y trofeos de guerra; aquí y allá veíanse alfombras orientales y labrados pebeteros; y bajo elegante doselete alzábase, sobre maciza repisa, una devota imágen de la Madre de Dios, esculpida en blanquísimo alabastro de Ablitas, ante la cual ardía pesada lámpara de bronce. En un ángulo de la sombría sala departían á media voz algunos infanzones con el Físico del Rey, y no lejos de ellos un menestral de la Provenza preparábase á pulsar las cuerdas de su laud, mientras que un jaguar domesticado, sujeto á la pared por gruesa cadena y vigilado por un negro,—testigos ambos de las romancescas aventuras de D. Sancho en Africa,—dormirabarecostado contra el sitial del Rey y lanzaba sordos rugidos de placer al sentir la mano de su amo, que le acariciaba distraído.

Al encontrarse en la presencia de D. Sancho prosternáronse los dos mendigos: ordenóles aquel que se acercaran y díjoles con afabilidad:

—Bien venidos seais, siervos de Dios, á mis dominios; decid á vuestro superior que otorgo mi permiso para que pueda establecer en este Reino la Orden religiosa que ha fundado; morad en esta tierra si tal os place, y traed con vosotros las bendiciones del Altísimo.

—Gracias, Señor, contestó uno de los extranjeros llamado Lupo. Gracias y confiad en que vuestra piedad será recompensada; nuestras oraciones valen poco, pero las de nuestro maestro obtendrán del cielo lo que deseais.

—¿Quién es ese hombre que llega precedido de tan alta fama de santidad? ¿Por qué no vino con vosotros?

—Ese hombre, que al dirigirse á Tudela en nuestra compañía quedó enfermo en el venerando monasterio de San Juan de la Peña, es un pobre mendigo que, siguiendo el consejo evangélico, lo dejó todo por seguir á Jesu-Cristo; tan débil de cuerpo como esforzado de espíritu; tan miserable de bienes como rico de virtudes. Sus alegrías son la penitencia, la oracion y el sacrificio; de sus labios brotan sin cesar himnos de amor al Criador y de admiracion á la naturaleza; canta y contempla extasiado el sol y el firmamento; las selvas y los mares, las avecillas y las flores; cura á los enfermos y consuela á los afligidos y convierte á los pecadores, y pasa por la tierra haciendo el bien, dejando tras de sí una estela de virtudes; el fin que persigue es santificarse, santificar á los demás y conquistar el Cielo; unos lo llaman *santo*; los más *loco*.

—Hermosa locura!—interrumpió el monarca.

—Hermosa, en efecto, porque esa locura es la locura de la Cruz! locura contagiosa y bendita que conmuevelo profundo de las almas; arranca lágrimas de corazones empedernidos, reforma las costumbres y trueca la desesperacion en alegría; locura santa que parecen admirar las mismas alimañas de los campos, hasta las que nuestro superior extiende su caridad y á las que llama tiernamente *sus hermanos inferiores*; locura sublime que no solo se impone á las fieras, sino que llega á aplacar milagrosamente los odios seculares de los pueblos...

—A tanto llega el poder de vuestro compañero?

—Señor,—dijo el mendigo Aldeario,—testigo de ello son los países por donde ha pasado; las campiñas que ha recorrido; las avecillas del cielo que revolotean en derredor suyo buscando su bendicion; las fieras amansadas, como el lobo de Gubbio, y las contiendas civiles extinguidas como las de Assis y Arezzo.

Quedóse pensativo D. Sancho; permaneció en silencio largo rato, y clavando despues su arrogante mirada en los religiosos exclamó:

—Id en busca de vuestro maestro y contadle que la discordia arde tambien en los dominios de D. Sancho, pues el genial batallador de este pueblo no se aviene por largo tiempo con las dulzuras de la paz; decidle que el Rey que esmaltó de gules su escudo, bañándolo en sangre sarracena, no tiene corazon para verter la de sus súbditos, ni poder en su palabra para aplacarlos; id y rogad al mendigo santo, en nombre mio, que lleve sus acentos evangélicos á la vieja Pamplona y haga cesar sus luchas fraticidas.

II.

Entre las contiendas civiles que han ensangrentado diversas poblaciones durante la Edad Media, ninguna ha habido, quizá, tan prolongada y fiera como la que, con intervalos más ó menos largos, existió entre los *Barrios* de Pamplona. Hallábase dividida entre cuatro poblaciones diferentes, separadas por fuertes muros almenados y gobernadas por distintas municipalidades ó concejos; era la más antigua y principal la *Nabarrería*, que llevaba el título de *Ciudad*, en la cual se elevaban la iglesia catedral de Santa María, el Palacio Real y la casa del Prelado, y en aquel montículo debió estar siempre lo más importante y granado de la vieja *Iruña*, como lo prueba, entre otras cosas, los restos notables de edificios de la época romana que aún aparecen en su recinto. Al pié de los muros del costado occidental extendíase un abrupto barranco, por cuyo fondo las aguas llovedizas arrastraban piedras y malezas al río arga ó *Runa*, como también entonces se le denominaba; al otro lado del barranco encontrábase las torres fuertes y las casas del *Burgo de San Cernin*, donde, sobre el terreno ocupado por un templo de Diana durante la dominación romana, según voz general, se elevaba la iglesia dedicada al Santo Apóstol de los Irunien-ses, que daba el nombre al Burgo. Seguían después la *Población de San Nicolás* y el *Burgo de San Miguel*, y todos ellos estaban separados entre sí, como dijimos, por fortificaciones, comunicándose por puertas que se cerraban cuidadosamente al sonar la queda ó mata-fuegos. El barranco mencionado ya, que separaba el Burgo de San Cernin de la ciudad de la Nabarrería, constituía un campo neutral conocido con el nombre de *Valadar*, receptáculo de inmundicias y origen de reñidos debates provocados por la inobservancia de las reglas á que debían sujetarse la construcción y policía de los edificios que lo limitaban, acerca de lo cual habían publicado diferentes disposiciones los monarcas. Allí tenían lugar, frecuentemente, las *pedreas* entre los chicuelos de los distintos barrios, transmitiéndose así las rivalidades tradicionales de padres á hijos y ejercitándose en la lucha los que más tarde habían de librarse fieras batallas. Desde aquel sitio también se denostaban—con los héroes de Homero—antes de venir á las manos los levantiscos pamploneses, que desoyendo las órdenes del Rey y los con-

sejos del Prelado y de los religiosos aprovechaban el pretexto más insignificante para saciar sus odios ó dar suelta á sus inclinaciones turbulentas.

El origen de aquellas antipatías profundas entre barrio y barrio databa de lejos y reconocia múltiples causas; eran las principales las franquicias y privilegios concedidos por Sancho el Mayor, y confirmados y ampliados por algunos de sus sucesores, á los moradores del Burgo de San Cernin con objeto de repoblar la vetusta Iruña, que resistiendo siempre á los embates y excursiones de romanos, godos, árabes y francos, desmantelada y maltrecha, habia sido en parte abandonada por muchos de sus habitantes. Atraídos por aquellas franquicias, trasladáronse al Burgo familias extranjeras, muchas de ellas francesas, segun se cree, siendo la diferencia de raza y de costumbres nuevo motivo de division y de rivalidades; pero, además en el fondo de aquellas discordias se reconocian otros elementos de perturbacion: la política general del Reino; el espíritu de bandería y las ambiciones de los nobles residentes en unos y otros barrios, contribuian, tal vez, á enardecer los ánimos y acrecentar su encono.

En tales condiciones, el hecho más sencillo, el incidente más insignificante bastaban para provocar una explosion, y aquel fuego oculto entre cenizas iluminaba pronto con sus siniestros resplandores la sombría ciudad.

Así aconteció cierta mañana de otoño del citado año de 1213.

Uno de los muchos peregrinos que en aquel tiempo pasaban por Pamplona dirigiéndose á Santiago de Compostela, deteniase contra el muro de la Nabarrería, y bañado en sudor se sentaba sobre una piedra junto á un postigo vecino á la fuente de *Santa Cizilia*; asomóse á una ventana baja de la casa inmediata un mozo; trabó conversacion con el viajero y al poco rato alargóle cautelosamente un jarro de vino que aquel llevó con avidez á los labios.

En aquel momento dos chicuelos del Burgo que corrian por el *Valladar*, acercándose al peregrino le dijeron con el desenfado propio de su edad:

—No bebas, que está prohibido vender pan ni vino á *rumeu* en la Nabarrería.¹

(1) Esa prohibicion favorecia al Burgo, como se comprende fácilmente. Lo mismo esos datos que las descripciones de los barrios son rigurosamente exactos, segun aparece en diferentes documentos de nuestros archivos.

—¡Granujas!—gritó el tabernero,—yo no vendo este vino, sino que lo doy por caridad.

—Mientes, que yo vi las monedas que acabas de guardarte, contestó insolente uno de los pilluelos.

—¡Canalla, voy á calentarte las costillas! Y saltando el *ciudadano* al Valadar se dirigió á poner en obra su amenaza; pero escurrióse el rapaz y llamando á un *peilletero* que desde las tapias del muro observaba la escena, berreó desaforadamente:

—Padre, que me matan!

Acercóse entónces presurosamente el *peilletero*; plantóse delante del mercader de vino; escupió á sus piéscon desprecio y le dijo:

—Quebrantadores de compromisos; valientes con los chicos; cobardes con los grandes; así sois los de la Nabarrería!

Aun no habia acabado de decir estas palabras cuando el jarro, que el tabernero arrebató de las manos del aturdido peregrino, se hacia pedazos sobre la cabeza del burgués, dejándola bañada en vino y sangre.

A las imprecaciones del herido y los gritos de muchachos y mujeres, que en gran número se habian reunido ya en torno suyo, acudieron grupos de los distintos barrios, que haciendo propia la cuestion, disputaban, se amenazaban furiosos y se ofendian violentamente con los denuestos más depresivos.

—¡Llatres!

—¡Mesieillos!

—¡Bocas fedients!

—¡Lapurrak!

Bien pronto el Valadar se vió lleno de una multitud compacta, cuyos rumores atronaban los espacios; en varios corros los puños sustitúan á los argumentos; los muros de los barrios se coronaban de curiosos que animaban á los de abajo, y mientras los ferrados *makillak* describian terribles *molinetes* sobre las cabezas y caían sobre ellas como el martillo sobre el yunque, los ladrillos y las piedras volaban en todas direcciones. Una de estas, partida de donde nadie sabe, dió en la cara á una pobre mujer que buscaba á sus hijos entre aquellas turbas, é hízola caer de bruces bañada en sangre. Aquella fué la gotade agua que hizo desbordar el torrente; la procedencia anónima de la piedra importaba poco; cada uno la atribuía á su enemigo, y ciudadanos de la Nabarrería y burgueses de San Cernin, San Nicolás y San

Miguel, que hasta entónces ocupaban en su mayoría sus respectivos campos, cayeron unos sobre otros y chocaron como chocan, en medio de furiosa tempestad, dos olas embravecidas y encontradas.

La reyerta se habia convertido en batalla que rápidamente iba generalizándose; en el interior de los barrios la gente pugnaba por correr al combate; los personajes influyentes y los caudillos nobles aren-gaban á la multitud; las damas se encerraban llorosas en sus casas, ó acudian á rezar en las iglesias, y los clérigos y religiosos se esforzaban por aplacar á las furiosas turbas....

Ya era tarde! Las campanas tocaban á rebato; oíase el estridente ruido de las armas; los tornos de *manganeles*, *algarradas* y *trabuquetes* rechinaban en lo alto de la *Galea*, *Mari-Delgada* y otras torres del Burgo y la Nabarrería; y bien pronto los pesados proyectiles de piedra cruzaron los aires y comenzaron á hundir tejados, mientras que entre nubes de polvo se apercibian ya en algunos puntos los siniestros resplandores del incendio...!

Todo estaba perdido.

Pero en aquel instante notóse entre las turbas de la parte alta del *Valadar* un movimiento inexplicable; los combatientes parecian dar tregua á sus iras repentinamente; los gritos de odio morian en sus labios, y al mismo tiempo que la multitud se arremolinaba, procuraba dejar paso libre entre aquel tempestuoso mar humano á álguien que, por lo visto, les imponía un respeto incomprendible.

—Es el Obispo!—decian algunos al observar de lejos aquel cambio extraordinario.

—Es el Rey Sancho!—exclamaban muchos.

No era ni uno ni otro.

En medio de las amotinadas masas populares descubriáse á los dos pobres, Lupo y Aldeario, que vimos en el alcazar de Tudela, y delante de ellos avanzaba lentamente su maestro, aquel otro mendigo prodigioso, que á ruegos del monarca nabarro venia á predicar la paz á los turbulentos habitantes de Pamplona.

Su traje era idéntico al de sus compañeros; sujetaba su raído sayal gris un anudado cordel; caía sobre su espalda una ancha capucha y marchaba descalzo, retratándose en sus ensangrantados piés las asperezas del camino. Aquel hombre, de mediana estatura, era aun joven, y extremadamente demacrado; de andar grave, sin afectacion, y de apariencias humildísimas; su rostro, que sombreaba una barba poco

espesa, aparecía con una palidez tal, que le daba el aspecto de una escultura de marfil, y á través de su mirada dulce parecían brillar misteriosos resplandores de purísima luz.

Al llegar junto á la torre de la *Galea*, sitio desde donde se dominaba todo el Valadar, detúvose el penitente mendigo, y arrodillándose apoyó su frente y sus labios en el polvo; púsose luego en pié, y despues de elevar los ojos al cielo, paseó su mirada por aquel tristísimo campo empapado en sangre, y del cual parecía brotar una tormenta de imprecaciones espantables y gritos de dolor. Sus ojos, que expresaban intenso sentimiento de ternura y compasion, estaban arrasados en lágrimas, mientras que su boca sonreía siempre; dijérase que aquellos reflejaban la luctuosa escena, y que á sus labios asomaban las dulzuras de la palabra evangélica.

¿Qué extraño influjo ejercía aquel hombre? No es fácil explicarlo; pero todo parecía subyugado por su presencia; la multitud, que habia dado tregua instintivamente á su pelea, seguía todavía arremolinada y mugidora, mas repentinamente notóse uno de esos momentos de silencio, que, lo mismo en las tempestades humanas que en las del mar, parecen ser el reposo necesario para cobrar nuevos alientos. Aprovechólo el misterioso mendigo, y extendiendo sus brazos sobre aquella turbas, dijo con voz de singular ternura:

—Pobres hermanos míos!...

Aquellas palabras tan dulces, tan genuinamente cristianas, sucediendo al huracan de imprecaciones iracundas y gritos de odio que, poco hacia, se desataba en todos los ánimos de la ciudad; cayendo en medio de aquel abismo de rencores, produjo un efecto indecible; un estremecimiento nervioso agitó á aquellos grupos que escuchaban ya inmóviles al extranjero.

¡Cómo explicar lo que este dijo!

Su voz, débil al parecer, tenía singular resonancia y suavidad incomparable; aquel hombre, sin los recursos de la oratoria, conocía el camino de los corazones, y sus palabras caían sobre ellos como un fresco rocío del cielo; insensiblemente aquellas frases dulces tornáronse graves y solemnes, y vibraron enérgicas recordando las terribles verdades de nuestra Religión sacrosanta, como los acentos del Profeta ante la ciudad prevaricadora.... pero pronto,—como la madre que interrumpe la reprimenda de su hijo para enjugar sus lágrimas con besos de ternura,—asomaba nuevamente á los labios la miel del corazón,

La multitud no respiraba; en las torres-fuertes, en los muros, sobre las puertas almenadas escuchaban absortos los habitantes de los barrios sin distincion de clases; en los ojos de todos brillaban redentoras lágrimas de arrepentimiento, y en tanto el sublime mendigo dejaba escapar de su gigante y abrasado corazon maravillosas armonías, y su pálido rostro, transfigurado por la caridad, parecia rodeado de un radiante nimbo.

De pronto oyóse un rumor vago, algo como un inmenso sollozo; las turbas, del mismo modo que algunas horas ántes, corrieron á encontrarse; pero no para herirse cruelmente, sino para estrecharse entre los brazos.

—¡Hermanos!—oyose gritar por millares de labios, como si los ecos repitiesen las primeras palabras del varon de Dios...

Y mientras del fondo de las almas se elevaban al cielo las notas de aquel concierto santo, como las espirales del incienso, y mientras el llanto del arrepentimiento purificaba aquella tierra empapada en sangre, el humilde religioso, con los brazos abiertos y la mirada dirigida á lo alto, sonriente siempre, abstraído de cuanto le rodeaba, daba gracias á Jesús por el triunfo obtenido.

Aquel hombre era *San Francisco de Asis*; las huellas de su paso por Pamplona y su obra pacificadora se descubren en las capitulaciones de paz que en 1213 se firmaron entre los barrios de la capital.¹

Pero aun hay otro recuerdo suyo en nuestra ciudad, aunque—triste es decirlo—es conocido de bien pocos. Agradecidos los pamploneses, cedieron al Santo un pequeño oratorio dedicado al Apóstol San Pedro, situado extramuros, sobre las márgenes del Arga, y allí fundó

(1) Algunos años despues, cuando los pamploneses dieron al olvido las palabras de San Francisco, renació la discordia entre los barrios, originando las terribles guerras civiles de 1275 y 1276, que provocaron la venida del ejército del Rey de Francia con la flor de la nobleza de ese país durante la minoria de la Reina Juana, residente entónces en París, y siendo Gobernador de Navarra en nombre suyo el Gobernador Eustache de Beaumarché. Aquella tenaz Y encarnizada lucha, que historió el trovador provenzal Guillermo de Aneliers, testigo presencial, en su extenso poema *Les guerres civiles da Navarre*, terminó por el momento con el saqueo, incendio y destruccion total de la *Ciudad* de la Nabarrería por el ejército extranjero, el cual cometiendo los actos más sangui-narios y vandálicos se cubrió de ignominia. La Nabarrería fué reedificada; pero la separacion de los barrios y con ella las discordias, continuaron hasta que el gran Rey *Cárlos el Noble*, de Navarra, unificó la ciudad con su hermoso y celebre *Privilegio de la Union*.

San Francisco un convento de la Orden de Menores, á cuyo frente dejó á su discípulo Lupo, por tener él que continuar su viaje.¹

Aquel convento, donde ingresaron desde luego muchos pamploneses, se trasladó, con autorizacion pontificia, al interior de la ciudad, para que los Hermanos pudieran atender mejor al bien de las almas y á la administracion de los Santos Sacramentos; y en el edificio que dejaron vacante se instalaron las Religiosas conocidas con el nombre de *Dueñas de Baragnien* ó Barañain.

Este convento, que todavía subsiste floreciente, es el de San Pedro de Rivas.

III.

Aun se descubren, entre las construcciones modernas, restos del cenobio del siglo XIII, y entre sus sillares—característicos de la época y recubiertos por la patina de los siglos,—florecen las primeras violetas que anuncian en Pamplona la llegada de la primavera.

Cuando desde aquel sitio, que consagró el Santo Francisco con su presencia, se contempla la sombría Iruña y se recuerda lo que acabo de relatar, diríase que el canto de las aves y el murmurio del rio y de la brisa toman la misteriosa entonacion de la plegaria; y parece que el aroma deaquellas florecillas, símbolo de la humildad, es una emanacion del alma pura de aquel gran Santo y entusiasta admirador de la naturaleza á quien se conoce con el nombre de *Serafin de Asís*.

JUAN ITURRALDE Y SUIT.



(1) San Francisco de Assis entró en España por Nabarra, segun se cree; se detuvo y predicó en Sangüesa, y allí fundó el convento de Rocaforte, aldea situada sobre una escarpada eminencia próxima á la ciudad, y que antiguamente se llamó tambien *Sangüesa la vieja*. Este fué el primer convento fundado por el Santo en España y el de Pamplona fué el segundo.

En el convento de Rocaforte, del que aun quedan restos, se conserva un árbol plantado por el Santo, rodeado por una cerca de piedra que protege su tronco. Segun piadosa tradicion, ese árbol se ha secado siempre que los religiosos fueron expulsados de allí y ha reverdecido á su regreso. Dicese tambien que sus hojas y el agua de una fuentecilla que brotó en aquel sitio han operado milagrosas curaciones.